

haga?» (1). ¡Ojalá el corazón eternamente diga esas palabras, y cumpla en todo la santa y adorable voluntad de Dios!

¡Oh Esposa Inmaculada del Divino Espíritu! ¿Cuáles fueron los sentimientos de vuestra alma, cuando en el Cenáculo vuestro Dios tan solemnemente os consagró por Esposa suya, y Madre de los hombres, llenando vuestro pecho de sus más preciosos dones? Había uno, entre todos los santísimos afectos que salían de tu virginal corazón, que formaba, por decirlo así, la corona de gloria con que el mismo Esposo ceñía tu frente: Dios se gozaba en la belleza incomparable de tu alma, pues de Su Majestad, y también de Ti, querida Virgen, están escritas estas bellísimas palabras: «Se gozará el esposo con la esposa, y se gozará tu Dios contigo» (2). El gozo de Dios por causa tuya, la dulzura y el encanto del Señor por tus admirables y santísimas virtudes, ¿no es todo esto una fuente de gloria que sale de las profundidades insondables de tu amor, y baña toda tu existencia de inefable dicha? Permítenos, Esposa del Señor, pues eres nuestra Madre, que peguemos nuestros labios á tu seno inmaculado, y bebamos esas aguas del amor divino, en que rebosa; que toda nuestra dicha la pongamos en servir á Dios y á Ti, querida Virgen, que sois su Inmaculada Esposa, para que también cada uno de nosotros pueda oír estas palabras: «Tu Dios se gozará contigo.»

(1) Act., IX, 6.

(2) Isa., LXII, 5. D. Bonav. Serm. 3. Dom. 18 post Pent., Hugo, hic.

CAPÍTULO XX.

LA REINA DE LOS CIELOS.

§ I.



DESPUÉS que el Espíritu Santo bajó sobre los apóstoles, estos discípulos del Señor empezaron á cumplir fielmente lo que Su Majestad les mandó, antes de subir al cielo: «Seréis mis testigos en Jerusalén, y en toda la Judea, y Samaria, y hasta el cabo del mundo» (1).

Empezaron, pues, á predicar el Evangelio, dirigiéndose cada cual á la región que le fuera señalada. Entre todos los apóstoles, había uno que era el depositario del tesoro más preciado que existía sobre la tierra, la Madre Inmaculada de Jesús. Ese depositario era San Juan, con quien vivía nuestra Señora, á la que amaba el santo Apóstol, y servía con tan gran cariño y diligencia, cual si hubiera querido rivalizar en esto con el amor y cuidados que Jesús tuvo con la misma Santísima Madre, antes de subir al cielo. Ese afortunado Apóstol estaba pendiente de los labios de María, obsequiaba todos sus deseos, procurando, por decirlo así, adivinar su pensamiento. Ella era su

(1) Act., I, 8.

tierna y dulce Madre, su Reina, la Madre de Jesús, su oráculo sagrado, y en fin, la compañera inseparable de su vida. Mas el Apóstol sabía que la Sagrada Virgen era también la Madre de todos los cristianos; y por lo mismo, no guardaba como un avaro ese precioso y celestial tesoro. Los fieles de la Iglesia primitiva, conociendo sus derechos al amor y los favores de María, y también su obligación de amarla y servirla como á Madre de Jesús, y Madre suya, venían á Ella, para rendirla los testimonios más sinceros de filial cariño; la Santa Madre los recibía siempre benigna y cariñosa; los consolaba en sus aflicciones, disipaba sus dudas, reanimaba el fervor de sus virtudes, y más bien que el Apóstol, se hacía toda para todos. ¡Oh, quién hubiera escuchado las blandas y amorosísimas palabras de aquella Santa Madre, cuando trataba de dar consejo, ó de aliviar las penas de los que sufrían! ¡Quién hubiera visto aquel rostro celestial, animado por el más vivo interés que le inspiraban las miserias de los hombres para socorrerlas, y la dulce compasión que sentía por ellas! ¡Oh fieles venturosos que gozasteis tantos años de la vista y el trato de la Madre del Señor! ¿quién dejará de teneros envidia?

Así pasaban dichosísimos los primeros años de la Iglesia; pero avanzaba el tiempo, é iban acercándose los últimos momentos de la preciosa vida de María, la cual deseaba ardientemente reunirse con Jesús allá en el cielo. Años hacía que estaba privada de la vista de su Hijo; y en este tiempo eran sus consuelos las oraciones y plegarias que sin cesar le dirigía: cierto es que en esas oracio-

nes recobraba, por la viveza de su fe, lo que habían perdido sus sentidos: su afligido corazón respiraba dulcemente con el recuerdo de las gracias y mercedes que Jesús había obrado á su favor; explicábanle sus lágrimas, más bien que sus palabras, su ardiente amor, sus penas y los vivísimos deseos de terminar tan dolorosa y triste ausencia. Decía, con más ardientes ansias que el Apóstol: «Deseo verme libre de las ataduras de este cuerpo, y estar con Cristo» (1). Añadiendo en la amargura de su corazón estas palabras: «¡Ay! ¿No es aún bastante el tiempo que ha pasado, y en el cual mi alma languidece como cautiva acá en la tierra? Y ciertamente, ¿qué pudiera ser la tierra para quien tenía sobre los cielos el objeto de toda su ternura? ¿Qué podría consolarla en el destierro, en el valle de las lágrimas? ¿Por ventura no estaba su alma santa detenida con violencia aquí abajo, mientras tanto que en busca de su Hijo volaba al cielo? No eran, por otra parte, los peligros, ni la persecución de la Iglesia, los que le hacían desear tan vivamente reunirse á Jesucristo, sino este Hijo Divino, de quien no estaba separada sin dolor, y que mantenía encendidos en el alma de la dulce Madre los deseos de verle. Por esto, su vida entera no formaba sino un deseo perpetuo, un largo gemido que arrancaba de su seno el amor más puro y santo, que la más perfecta de todas las criaturas ha tenido á Dios; y solamente la voluntad de su Hijo podía calmar sus abrasados y santísimos deseos (2).

(1) Sylveira, in Acta, hic.

(2) Fenelon, Sermón para la fiesta de la Asunción.

Lo que hemos dicho corresponde á la Sagrada Virgen, respecto de sí misma; pero esta hermosa Niña tenía hijos, cuyas necesidades hablaban muy alto al corazón de la más tierna y amorosa de las madres. ¿Qué hará la Santa Virgen? ¿Podrá dejarnos en la tierra mientras sube sobre los coros de los ángeles, á gozar las delicias de la gloria? Mas ¿qué gozo puede haber para una madre, si consigo no lleva á los hijos de su amor, y divide con éstos sus delicias? Y si los hijos, antes que los deje su amorosa Madre, se reúnen en torno de su lecho, y la van descubriendo sus miserias, y la enternecen con su triste llanto, y una y otra vez la ruegan que no los abandone, ¿qué hará la tierna Madre? El Apóstol, cuya admirable caridad para con los hombres nunca pudo igualarse con el amor de la Sagrada Virgen, decía: «No sé, en verdad, qué escoger, si la muerte ó la vida; pues me hallo estrechado por ambos lados: ó estar con Cristo, lo cual es sin comparación mejor para mí, ó quedar en esta vida, lo cual es necesario por vosotros» (1). María, nuestra querida Madre, en estas circunstancias se pone como siempre en manos del Señor. Ella conoce la divina voluntad: tiene que dejar la tierra; se prepara para volar á la región del cielo; mas ¿qué hemos dicho? ¿Por ventura no siempre ha estado dispuesta para recibir al celestial Esposo? Ni aun este lenguaje nos agrada todavía, pues que la Santa Virgen siempre ha estado en Dios; y la preparación de que nos habla el Evangelio en la parábola de las vírgenes, fué des-

(1) Philipp., 1, 22, 24.

pués haberse adormecido y estar dormidas todas; en seguida se les dijo: «El Esposo viene, salid á su encuentro» (1). Lo cual de ninguna suerte corresponde á nuestra Señora, cuyo corazón estuvo siempre en vela. María, pues, no hace sino mantener en Dios, como hasta entonces, su pensamiento y todo su afecto (2): las vivísimas llamas

(1) Matt., xxv, 6. D. Greg. Hom. 12, in Evang.

(2) Esto es, con la más elevada perfección. Ciertamente, la santidad de nuestra Señora cada instante brillaba con más hermosura, y su santo amor despedía más vivas y abrasadas llamas; pero esto provenía de los nuevos tesoros de la gracia con que sin cesar la enriquecía el Señor, y de la cooperación de la Sagrada Virgen, que teniendo un campo más hermoso y dilatado en que ejercitar su virtud, la iba extendiendo con admirable actividad, como la fuente cuyos raudales brotan más abundantes é impetuosos, é inundan nuevos campos, en la misma proporción que aumentan sus veneros. Queda, pues explicado nuestro pensamiento: no admitimos la preparación que revele un tránsito inesperado y sin gradación, cual si el punto de virtud donde estaba nuestra Niña, antes de recibir el aviso de su muerte, no hubiera sido de acabada santidad y á propósito para obtener sin la menor tardanza la vista del Señor; mas decimos que el alma de María, al escuchar la voz de su Divino Esposo, desfalleció de amor. (Cant., v, 6.) Y ¿qué se le anuncia en esa voz divina? «Levántate, amigamía. Ven del Líbano, y serás coronada. «Expresiones que nos revelan que ya el cielo no necesita, para coronarla por su Reina, de mayor virtud y santidad; y que los aumentos de gracias y el más ardiente fuego que la abrasa, no son ya otra cosa que el ropaje brillante y lujoso con que tendrá que subir á los cielos; y más bien, antes que mérito, un premio de sus primeras y heroicas virtudes que la presenten á los ojos del Eterno llena de hermosura, vestida del sol, y ceñida su frente con doce brillantes y grandes estrellas. En confirmación de esto, hé aquí lo que nos enseñan las revelaciones de Santa Brígida. En ellas dice la Santísima Virgen, que un án-

de su amor no la habrían dejado vivir, si Dios mismo no la hubiese tan maravillosamente conservado; mas ya se empieza á retirar esa conservación maravillosa, y el sagrado fuego va consumiendo paulatinamente la preciosa vida de la Santísima Virgen, y acercándola á su glorioso término.

Entretanto, es necesario que los apóstoles asistan á la muerte de María: Ella es su Reina, y tienen que presentarse para recibir sus órdenes; es su tierna y dulce Madre, y débenla pedir su santa bendición; ellos son sus hijos, y tendrán que recoger el último suspiro que salga de su pecho; contemplarán por la postrera vez su agraciado y purísimo semblante, y oirán, en fin, sus últimas palabras.

El Señor hace venir á los apóstoles de las lejanas tierras donde se hallaban predicando, para que

gel le anuncio su muerte, y añade: *Ego paravi me ad exitum, circumiens omnia loca «more meo», in quibus Filius meus passus fuerat. Cumque quadam die, animus meus suspensus esset in admiratione divinæ charitatis, tunc anima mea, in ipsa contemplatione, repleta fuit tanta exultatione, quod vix se capere poterat, et in ipsa consideratione, anima mea à corpore fuit soluta.* (L. 6, c. 62. Vide Suárez. in 3 p., q. 37, a. 4, disp. 21, sect. 2.) No digamos, pues, que «Nuestra Señora preparó su lámpara para salir á recibir á su Divino Esposo», «pues Ella no está comprendida, dice Espinel (Trono de María, c. 16, n. 5), en la parábola de las vírgenes, que ha dado ocasión á ese lenguaje. Y esto se conoce, reflexionando que en ese lugar del Evangelio se habla con las vírgenes prudentes; y María es por excelencia la Virgen prudentísima, y es llamada por San Cirilo y San Bernardo, *Lampas inextinguibilis, Lampas luculentissima*,

asistan á la muerte de María, y den honrosa sepultura á su sagrado Cuerpo. Contemplemos un instante ese cuadro triste y doloroso que habla tanto al corazón. Hállase la Santa Virgen reclinada en humilde lecho; en torno suyo, los apóstoles y demás discípulos del Señor, que llenos de amargura están sin decir una palabra; quieren sofocar los profundos sollozos de su pecho, mas la grandeza del sentimiento vence sus esfuerzos, y sus ojos derraman triste llanto; y en la sala donde se hallan se escucha un tristísimo gemido de dolor; ¡ah! ¿quién no lloraría al perder á la más tierna y amorosa Madre, aquella Santísima Señora que no había tenido, por decirlo así, corazón sino para amar á sus hijos, empleando en hacerles bien todos los instantes de su vida? Los apóstoles y discípulos contemplan aquellos ojos tan hermosos y tan puros, que muy pronto quedarán cerrados; aquella frente tan serena y despejada, donde siempre oscilaban los pensamientos de Dios; aquellos labios de púrpura y carmín, eternamente bañados de la gracia del Señor, y de los que salieron tantas palabras de alivio y consuelo para los mortales; aquellas mejillas sonrosadas que el Espíritu Santo comparó á las de la tórtola, por su inocencia y pureza, y á la roja corteza de la granada por su hermosura.... Mas la muerte les arrebató ya un tesoro tan precioso. Esos labios pronuncian por la vez postrera las más tiernas expresiones que una madre dirige á sus hijos: su postrer adiós.... Arroja la muerte, al llegarse, siniestra mirada sobre nuestra Niña, y llena de espanto retrocede; vuelve á acercarse

y huye segunda vez, despavorida, no pudiendo plantar su fatídico trofeo en la Sagrada Madre. Mas ¿qué ha visto la muerte, ese enemigo que será destruido el último por el poder de Dios? (1). La muerte, que ha terminado la existencia del Divino Salvador, no ha podido llegar á su Sagrada Madre; ¿cómo es esto? El Padre puso sobre su Hijo la iniquidad de todos nosotros, y Jesús murió por nuestros pecados (2). Podía, pues, la muerte acercarse al Hombre Dios, porque sin embargo de su infinita santidad, venía á satisfacer al Divino Padre por nuestros pecados; y el estipendio del pecado es la muerte (3). No sucede así respecto de María; la muerte enemiga, de que hablamos, al acercarse á nuestra Niña, queda deslumbrada con el resplandor de su inefable santidad; no ve en esa criatura incomparable sino pureza, y la más grande inocencia; y María le dirige estas palabras: «Oh muerte, por medio de mi Hijo Jesucristo, Yo seré tu muerte. Seré tu destrucción, ¡oh infierno! (4). Y al escuchar la muerte su sentencia, se precipita en el abismo (5).

Mas ¿por ventura no murió nuestra Señora? Sí, murió; pero no con la muerte de que hablamos, que es pena del pecado, sino con aquella dichosa y gloriosísima que es la consumación del santo amor. Tenía, por otra parte, la Santa Vir-

(1) Cor., xv, 26.

(2) Isa., LIII, 6. Rom., IV, 25.

(3) Rom., VI, 23.

(4) Osee, XIII, 14.

(5) Isa., xxv, 8.

gen que seguir por doquiera á su Hijo amado, y Jesús había descendido á las sombras del sepulcro; y hé aquí por qué también María penetra en esa fúnebre región, que luego para Ella se cambia en la hermosa claridad del día, cuando llega el instante de subir al cielo.

El amor, pues, abriendo suavemente la preciosa cubierta que guardaba el alma de la Santa Virgen, la deja que tienda su sereno vuelo á las alturas.

¡Ha muerto nuestra Madre!.... Ésta es la voz que circula entre sollozos allá en el Cenáculo, y repitiéndose por todos los que allí se hallaban, inunda sus almas en un torrente de amargura..... ¿Quién podrá llenar el vacío que deja tan sensible pérdida? Sólo una Madre tiene el hombre, como tiene una vida nada más; y perdida aquélla, el hombre pierde lo más sagrado que el Señor le ha concedido; ¿dónde hallaremos un amor tan generoso y desprendido, tan nobles y heroicos sacrificios, un interés por nuestro bien tan vivo y puro; una firmeza que el tiempo no destruye, y que aun los mismos desengaños é ingraticudes de los hijos lo vuelven, si decirse puede, más noble y acendrado? Hé aquí, pues, con cuánta justicia los apóstoles lloraban tan amargamente la muerte de María.

Preciso es que el santísimo Cuerpo de nuestra Señora sea puesto, aunque por breve tiempo, en el sepulcro. Los apóstoles disponen todo lo conveniente para un acto tan doloroso; á su tiempo ordenan una solemne procesión hacia el monte de los Olivos, á cuyas raíces estaba preparado el

sepulcro: allí es depositada esta preciosísima reliquia (1); antes de cerrarlo, dan los apóstoles su

(1) Algunos escritores han llamado cadáver al cuerpo de la Santísima Virgen, cuando estuvo inanimado en el sepulcro: hé aquí sobre este particular nuestro humilde juicio:

Es cierto que San Agustín dijo: «A cadendo cadauera nuncupantur.» (*De Civit. Dei*, L. 20, c. 10.) Y también: «Cadaver, nisi caro exanimis non solet nuncupari.» (Cap. 21 del mismo libro.) Y en el Sermón 143, *De tempore*: Quoniam (corpus) cadit, cadaver vocatur.» Y en las Cuestiones evangélicas, q. 42, hablando del cuerpo del Señor: «Etiam cadaver ideo appellatum est, quia moriturus hæc loquebatur.» Mas sin embargo de esto, como también entendemos por cadáver la carne entregada á los gusanos, *caro data vermibus*, y como aun el mismo San Agustín lo llama *esca vermium*. (Soliloq.) Y en el Tratado octavo, *in Joann.*, nos dice: «Cum (anima) subtrahitur corpori, cadaver jacet: cum autem adest corpori, primo condit quodammodo putores. Corruptibilis est enim omnis caro, in putredines defluit, nisi quodam condimento animæ teneatur.» Y San Buenaventura, exponiendo este texto de Isaías: *Videbunt cadavera virorum*, nos dice: «Dicuntur cadavera quia foetentia»; añadiendo el Ángel de la Escuela: *Quæ sunt foetida despiciuntur quasi vilia*» (1, 2, q. CII, a. 4. Ad Sextum), lo cual no podrá decirse de aquel purísimo templo cubierto de la gloria del Señor; de aquel altar de los perfumes que exhalaba siempre suavísimos aromas, el cuerpo de María, cuyo nardo delicado y precioso difundió su fragancia por el mundo; fragancia que, subiendo á los cielos, atrajo del seno del Padre á su Verbo Divino. Por esto, nosotros no llamamos cadáver al cuerpo de María cuando estuvo en el sepulcro, pues la justicia original en que fué criada la Madre de Dios, no dejaba que cayese en la corrupción del sepulcro el santuario del Eterno. «Quien ha caído en la muerte del pecado, nos dijo San Gregorio el Grande (*Moral*, 31, sobre el cap. 39 de Job, c. 37), no sin razón podrá llamarse cadáver.» Y el mismo San Agustín: «*Corpus Virginis escam vermibus traditum quia sentire non valeo, dicere erubesco.*» (al. *peritimesco.*) L. Unus de Assump. Llamemos, por lo mismo,

postrer mirada al sagrado Cuerpo....; han dejado el corazón y todos sus afectos entre los brazos de aquella Madre que llevó á Jesús. Mas no se retiran de esa tumba por tantos títulos venerable y muy amada; y entretanto, los ángeles hacen oír celestiales armonías, y cantan himnos gloriosísimos en honor de su querida Reina. Pasan tres días de la muerte de nuestra Señora, y uno de los apóstoles, que no había llegado con oportunidad, llega entonces, sintiendo amarga pena por no haber encontrado en este mundo á la Sagrada Virgen; pero en medio de su triste sentimiento, quédale un consuelo: abrir el sepulcro para con-

al sagrado cuerpo de nuestra Señora: la oficina de la Santísima Trinidad, el arca de salvación, la fuente de la vida, la casa de Dios, el templo de la gloria del Señor, la preciosa caja que guarda los más ricos tesoros de los cielos, la tierra de bendición, la brillante y cándida nube que llovió al Justo, purísimo cielo donde Dios ha levantado su regio trono, el aula santa donde moró el Eterno, la urna llena del maná celestial, el vaso de oro purísimo, guarnecido de toda suerte de piedras preciosas, el montoncito de trigo cubierto de azucenas, el perfumado y precioso lecho del verdadero y divino Salomón, rodeado de sesenta valientes de los más esforzados de Israel; el trono del mismo Rey, construído de maderas del Líbano, con columnas de plata, el respaldo de oro, las gradas cubiertas de púrpura, y el amor descansando en su centro; la carroza del Monarca Supremo, resplandeciente de gloria y hermosura; la casa de oro, el campo florido que trasciende y embalsama la ligera brisa con la suavísima fragancia de mil flores; y, en fin, el celestial y ameno paraíso donde nacen los ríos de la gracia, y donde Dios plantó el árbol de la vida.

¡Oh Señora mía, amada Madre, dulzura de mi alma, alegría del corazón, Niñita encantadora, quién pudiera bendecirte como Tú mereces y mi amor desea!

templar el cuerpo de María, y dejar á sus pies el corazón. Los demás apóstoles obsequian los deseos de Santo Tomás, que era quien tan tarde había llegado; todos, pues, se dirigen al sepulcro, y quitando la losa que cerraba la entrada, no hallan el santísimo Cuerpo de María; sólo están allí algunos lienzos, y las azucenas con que habían ceñido su divina frente, todavía muy frescas y llenas de fragancia. Los apóstoles entonces, sorprendidos de lo que pasaba, é iluminados por el Espíritu Santo, conocieron que el Divino Hijo no había permitido que el cuerpo de su Santa Madre permaneciese por más tiempo en el sepulcro, sino que, levantándolo por ministerio de los ángeles, lo había llevado sobre todos los cielos, hasta colocarlo en el glorioso trono que le estaba preparado desde el principio del mundo (1).

Ahora contemplemos un instante la gloriosa Asunción de nuestra querida Madre.

María había sido la criatura más humilde y agradable á los ojos del Eterno: Su Majestad, después de haber obrado en Ella tantas maravillas y grandezas, quiere darles el más hermoso y regio coronamiento, levantando á la Sagrada Madre del sepulcro, inmortal y gloriosa: vedla, pues, cómo sale de la tumba, resplandeciente de hermosura y gracia. Dios ha mandado á todos sus ángeles para que la acompañen en su marcha triunfal; vedlos bajando en numerosísimas falanges, alegres, brillantes, hermosos; inundados de celeste gozo pulsan sus salterios de oro y van cantando las glorias

(1) D. Damasc. Orat. II, de Dorm. Deip.

de su amada Reina. ¿Queremos oír unos instantes esos cánticos divinos? Hé aquí algunas de sus más hermosas notas:

«¿Quién es la que sube del desierto rebotando en delicias, apoyada en su Amado? ¿Quién es Ésta que se alza de la tierra, que va subiendo cual naciente aurora, bella como la luna, brillante como el sol, terrible y majestuosa como un ejército formado en batalla? ¿Quién es Ésta que se levanta del desierto como una columnita de humo, formada de perfumes, de mirra y de incienso y de toda especie de aromas?» (1). Y la gloriosa y brillante procesión se acerca más y más al cielo, y el Hijo de María hace oír su dulce y amorosa voz, diciendo: «Levántate, apresúrate, amiga mía, paloma mía, hermosa mía, y ven, pues pasó ya el invierno, disipáronse y cesaron las lluvias; despuntan las flores en nuestra tierra; llegó el tiempo de la poda; el arrullo de la tórtola se ha oído en nuestros campos; la higuera arroja sus brevas; esparcen su olor las florecientes viñas. Levántate, pues, amiga mía, hermosa mía, y ven del Líbano, esposa mía, vente del Líbano, ven y serás coronada: ven de la cima del monte Amaná, de las cumbres del Sanir y del Hermón, de esos lugares guarida de leones; de esos montes, morada de leopardos. Heriste mi corazón, ¡oh hermana mía, esposa amada! Heriste mi corazón con sólo una mirada tuya, con una trenza de tu cuello. ¡Cuán bellos son tus amores, hermana mía, esposa! Más agradables son que el exquisito vino; y la

(1) Cant., VIII, 5; VI, 9; III, 6.

fragancia de tus perfumes excede á todos los aromas. Son tus labios ¡oh esposa mía! un panal que destila miel; miel y leche tienes debajo de la lengua, y es el olor de tus vestidos como olor de suavísimo incienso» (1).

El encanto y la dulzura suspenden nuestras almas al oír las palabras de los ángeles y la dulcísima voz de Jesucristo que colma de alabanzas á su Santa Madre, á quien hizo salir del sepulcro más pura que la aurora, deslumbrante de belleza. ¿No veis cuál se levanta, parecida á la luna que al nacer extiende su argentada luz sobre el mundo, como espléndida gasa transparente? ¿No veis cómo por instantes aumenta sus bellos resplandores, y déjase ver pura y más hermosa que el brillante sol? ¿No veis, en fin, su excelsa y soberana majestad, que pone en vergonzosa fuga á todos los príncipes de las tinieblas? Elévase María cual varita de humo compuesta de perfumes exquisitos. ¡Cuán suave es la fragancia de sus santísimas virtudes! El mundo entero embalsamado está de su precioso aroma; fué humildísima, y Dios la exalta sobre los coros de los ángeles; fué modesta, y llevó en el mundo una vida enteramente oculta, y Dios la glorifica, haciendo que ángeles y hombres la bendigan sin cesar y la contemplen sobre regio trono, llena de majestad y de grandeza: consagró su vida entera al bien de los mortales, y Dios pone entre sus manos los tesoros de la misericordia y la clemencia; y por esto, al elevarse por los aires, derrama sobre el mundo una mirada de

(1) Cant., II, 10, 13; IV, 8, 11.

tierno y maternal cariño, y nos promete su santa protección. Hé aquí la prueba: Hemos oído que la hermosa Virgen marcha hacia los cielos como un ejército en orden de batalla; ahora bien: la Madre gloriosísima no tiene que combatir con sus enemigos, que tiene ya vencidos desde el primer instante de su sér, ni éstos jamás pudieran impedir su glorioso triunfo: ¿por qué, pues, se nos dice que la Santa Virgen es terrible, como ejército aguerrido en el combate? ¡Ah! Ella deja acá en el mundo muchos hijos, á quienes el demonio hará terrible guerra, y María, la Reina de los ángeles, mandará sus brillantes legiones para defendernos. Al subir á los cielos ha llevado aquel tierno corazón de Madre que tanto nos amó, y al que nunca pueden ser indiferentes nuestros males.

Los ángeles han dicho que sube María reboando delicias; mas, ¿por ventura ellos mismos también no reboaban de contento y alegría? Los espíritus del cielo con ansia suspiraban por tener consigo á la Madre del Señor, y el mismo cielo parecía quejarse de la ausencia de María, que era su gloria y el honor de la ciudad de Dios (1). Y no sólo los ángeles, sino todos los moradores de la patria celestial estaban llenos de contento al ver que entraba tan gloriosamente en los palacios del Eterno Rey su Divina Madre. ¿Cuál sería el profundo y santo regocijo de los profetas viendo presente á la hermosa Niña cuyas gracias y dulces atractivos habían antes contemplado en lontananza? ¿Quién podrá pintar el júbilo de los pa-

(1) D. Ildeph., Serm. de Assump., 6.